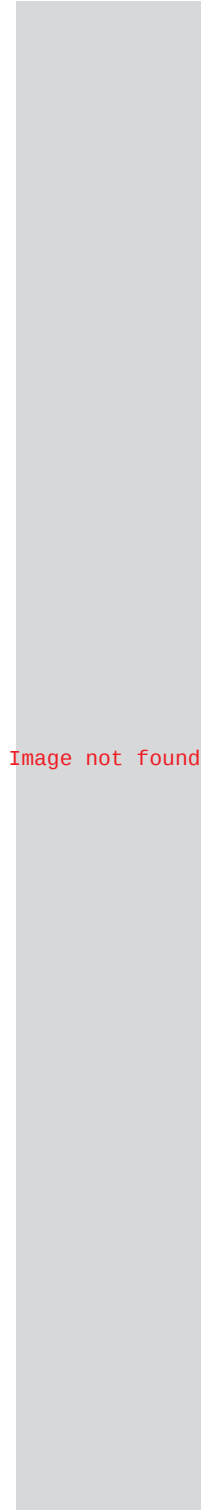


Latidos

Itzchel Pamela Quintanar Domínguez



Capítulo 1

Un latido y medio

Tronaba mis dedos y parecía que estaba torturando mi cuello, reconociendo la tensión comienzas a descubrir lo frío que puede ser una sala de espera caliente. Llegaban a mi mente recuerdos inventados de esos en los que cambias todas las palabras y actitudes y piensas ¡vaya pude haberlo hecho más fácil!, no sé, debí ser más sencilla al hablar, una frase habría cambiado mi actitud, una palabra habría cambiado la suya. La ilusión de la mejora se postra en el invento de lo que pudo ser.

Me acomodaba sin notar cambios en la banca más incomoda de mi vida, no sólo se trataba del material con el que estaba hecha, o que minutos antes sentado en el mismo lugar hubo un hombre flacucho, diminuto con la mirada desorbitada y una aparente infección intestinal; no eran todas esas cosas, el hecho de que la banca estuviera ahí en urgencias, que estuviera ahí en ese hospital, ¡justo ahí esa noche!, que fuésemos nosotros, eso era todo lo malo; comienzo a creer que hubiese sido mi banca favorita en otro punto de mi vida, en otra situación. Le hubiese encontrado un uso especial y significativo, más allá de la simple espera.

Recordé que jamás he sido buena esperando, pero aún así sé que la vida y Dios te preparan para esperar, esperas hasta nacer, a crecer, a estudiar, a casarte, esperas por un viaje, por un resultado que te hace distinto el vivir y en días como ese, esperas por amor, sin ser un cliché pues fue en la fecha de los enamorados.

Mientras tanto mi mente se dividía en tres, una parte preguntándose ¿qué pasa?, otra pensando en las posibles respuestas a esa pregunta, planteándose dos escenarios, viendo dos futuros inciertos, como seguramente lo son, y otra parte volaba hacia un pequeño departamento con la duda de, si ese pequeño remolino, dueño de gran parte de mi amor ya dormía tranquilo o seguía haciendo de su tío un juguete.

Es increíble lo que uno puede llegar a pensar en soledad. Y no es precisamente que no hubiera gente en la sala, eran pocas personas y casi puedo asegurar que ni uno sólo de los presentes nos sentíamos en compañía.

Esa madrugada cada segundo lo medía en kilómetros, veía pasar y pasar caras, más la que anhelaba mirar no aparecía. La espera comenzaba a hacer estragos. Le llamaba en mi mente al reloj, le pedía que se diera prisa, le recordaba que debíamos llegar a casa ¡pasa maldito tiempo! le dije una y otra vez. Las manos me sudaban, la incomodidad se adueñó totalmente de mí, quise pararme, decidí hacerlo y en una fugaz mirada

hacia la ventana vi mi reflejo, qué sorpresa me llevé.

Incertidumbre fue lo que vi, no era la palabra precisa, no era la que buscaba. No estaba sola aquella noche, llegó sin darme cuenta y me acompañó, no sabía a ciencia cierta desde hace cuánto no nos veíamos, pero recordé de inmediato su olor. Y es que el olor del miedo te va llegando como el del mal tiempo, primero sin poner atención las nubes se cargan, hay viento y sientes un clima diferente, no sabes si te gusta o no; después cae la lluvia, impregna de humedad la tierra, no está mal el olor sigues aceptándolo, entonces las masas de agua se remueven en cada río, lago, mar, hasta llegar a las alcantarillas, éstas revuelven su hedor, logran impregnar el desagüe de las ciudades, de las calles, de tu casa; cada coladera y fregadero de ella se llenan de lo fétido que es el mundo que te rodea. Así poco a poco todo lo tuyo se llena de mierda y lo único que deseas es que el horrible olor se vaya. Así es el miedo, de a poco llega y tarda en irse.

Ya había vivido así con ese compañero incomodo, he sabido ya los efectos que tiene en mí, conocí sus jugadas en el pasado y puede que tenga nuevas, no iba a confiarme es esta situación, igual él ya me había olvidado, y es que se ha acostumbrado a tomar a quien quiere, a quien sea, vive brincando de persona en persona, se esparce, y como hemos sido tantas víctimas, no es capaz de recordarnos uno por uno; esa precisamente era su mayor debilidad, el olvido.

Lo vi reír en mi rostro lleno de angustia, como quien se burla al ganar una batalla fácil, ya me tenía o al menos eso fue lo que ambos pensamos; la frustración una más de sus consecuencias, estaba a punto de hacer su entrada, estaba dispuesto a pegar con todo, a derrumbar y poseer, sin embargo en su ego no miró detenidamente mi rostro, jugó pensando que yo era un oponente más, uno cualquiera, se fiaba de su historial y en tal confianza no comprendió que su rival jamás lo olvido, que creció, que mejoró. Sin pensarlo demasiado en menos de un segundo, recordé las batallas pasadas e hice lo mejor que ahora sé hacer, lo amé.

Lo tomé por sorpresa, le abracé como sólo lo haces con quien extrañas, con quien has tenido los mejores momentos, las risas, los recuerdos. Le mire a los ojos reconociéndolo, sabiendo que le haría el amor como a nadie, con la convicción de que recordaría mi nombre y mi olor como me hizo recordar el suyo. Lo aprisioné en mi pecho, le dije que sería mi más grande aliado, lo convertiría en una bendición y mañana caminaría con él de la mano, prometí amarlo hasta que se hartara y se marchara. Me desnudé en todo sentido internamente, bajé mi guardia, solté algunas lágrimas y me dispuse ante él.

Claramente no era lo que él esperaba, jamás nadie lo recibe así, con los ojos abiertos y el corazón encendido. Se quedó ahí, mirándome, tomo sus ínfulas de grandeza y retrocedió, no iba acabado, ni vencido, pero supo

que aquel momento en que se me acercó de nuevo no era su tiempo, dio media vuelta y dijo hasta pronto Pamela volveremos a vernos cuando tú lo decidas, media sonrisa después comenzó a alejarse.

Me quede quieta, no sabía si reír, llorar o festejar. Sólo deje de mirar la ventana.

El sonido de mi celular me sacó del trance, me trajo a la sala de nuevo, la voz de mi amor al otro del teléfono me tranquilizó, por primera vez en toda mi vida el miedo se fue antes de lograr tenerme completamente.

La cara que esperaba salió de esa sala de urgencias, lo miré como el día de nuestra boda, en realidad no sé si lo notó. Le pregunté ¿qué sucedió?, sonrió y dijo estaré bien, es como si mi corazón tuviera un latido pequeño demás, como un latido y medio. Al terminar esa oración comprendí que esta batalla apenas comenzaba y que sólo conociendo al miedo podría hacerle frente.

No se cuando vuelva a verle, si sea pronto o lejano el tiempo, sólo sé que le amaré.